

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

Hay fuerzas poderosas que nos impiden comprometernos plenamente en la recuperación. La culpa nos convence de que estamos rotos de forma irreparable. El sigilo nos protege de la exposición, pero también nos aísla. La negación suaviza la verdad para que no tengamos que enfrentarnos a lo profundo que es nuestra impotencia. Estas estrategias de afrontamiento nos ayudaron a sobrevivir, pero con el tiempo, nos mantuvieron atrapados. El temor y los hechos penosos rara vez nos llevan a tener un cambio duradero. Lo que empieza a soltar nuestra aprehensión sobre ellos, es algo más sutil y fuerte: la esperanza.

La Segunda Lectura de este domingo se refiere directamente a ese soporte (Romanos 5:1-2, 5):

Hermanos: Ya que hemos sido justificados por la fe, mantengámonos en paz con Dios, por mediación de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido, con la fe, la entrada al mundo de la gracia, en el cual nos encontramos; por él, podemos gloriarnos de tener la esperanza de participar en la gloria de Dios. La esperanza no defrauda, porque Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él mismo nos ha dado.

La esperanza no decepciona porque está arraigada en el amor de Dios, no en nuestro desempeño. En la recuperación, la esperanza suele iniciar en el momento en que coincidimos con otras personas que han encontrado la libertad de la adicción y de la desesperación. Puede que ser que lleguemos a una reunión convencidos de que nada cambiará. Pero después, alguien comparte con honestidad sobre un pasado desalentador, pero también sobre una vida restaurada. Reconocemos nuestra historia en la suya. Algo cambia. Empezamos a pensar que para nosotros la libertad también puede ser posible.

El Evangelio de este domingo relata el intercambio entre Jesús y una mujer samaritana, dándonos una imagen vívida de cómo inicia la esperanza (Juan 4:7-9, 13-15):

Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dijo: “Dame de beber”. Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le contestó: “¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”... Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna”. La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir hasta aquí a sacarla.”

La samaritana llega al pozo llevando algo más que un jarro. Lleva culpa y una historia complicada. Jesús no se le acerca condenándola. Comienza con una petición sencilla y luego ofrece agua viva. Pone en evidencia su sed más profunda. Muchos de nosotros nos sentimos identificados. Buscábamos sustancias, comportamientos o apegos, creyendo que nos darían satisfacción. Sin embargo, la sed regresó, muchas veces, mucho más fuerte que antes.

En la recuperación, empezamos a reconocer que nuestros deseos no solo son físicos o emocionales. Son espirituales. Anhelamos ser reconocidos, aceptados y reparados. Cuando compartimos con honestidad y se nos recibe con dignidad en lugar de juicio, crece la esperanza. Como la mujer en el pozo, puede ser que de repente nos veamos contando nuestra historia de una forma diferente. Lo que una vez nos definió ya no tiene la última palabra.

La mujer deja su cántaro de agua y vuelve a su poblado para compartir lo que ha vivido. La esperanza se transmite a través del testimonio. De la misma manera, el mensaje de la recuperación viaja de una persona a otra. No convencemos a los demás por medio de argumentos. Ofrecemos nuestra experiencia, fortaleza y esperanza. Con el tiempo, otros empiezan a creer no solo por nuestras palabras, sino porque encuentran a Cristo por sí mismos.

La Cuaresma es un tiempo que expone nuestra sed. Nos invita a sacar a la luz nuestra culpa y secreto. Al hacerlo, descubrimos

que la esperanza no es un deseo ilusorio. Es la confianza en que el amor de Dios ya está obrando dentro de nosotros. El agua viva que Cristo ofrece no borra nuestro pasado, pero lo transforma. En esa transformación, encontramos la libertad de vivir con honestidad y ayudar a otros a encontrar lo mismo.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

■ ¿Cuándo has experimentado en tu recuperación que la esperanza crecía cuando alguien más compartía con honestidad?

■ ¿En qué aspectos, la culpa o el secreto siguen intentando mantenerte aislado de los demás?

■ ¿Qué significa para ti recibir el agua viva que Cristo ofrece hoy en tu recuperación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Éxodo 17:3-7

SAL. RESP. Salmo 95:1-2, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA Romanos 5:1-2, 5-8

EVANGELIO Juan 4:5-42

